

Veranos más calientes, incendios más frecuentes

La preocupación por el calor extremo se ha intensificado en las últimas semanas, y no es para menos. En la Región de O'Higgins, las altas temperaturas ya no son una excepción, sino una constante que mantiene en alerta tanto a las autoridades como a las comunidades. La recurrencia de los incendios forestales vuelve a instalarse como una amenaza latente, impulsada por olas de calor cada vez más severas y prolongadas, que superan con holgura los 30 grados y, en algunos sectores, alcanzan cifras derechamente alarmantes.

Este verano ha dejado registros preocupantes. En Coltauco, por ejemplo, se han registrado jornadas en que la temperatura ha superado los 40 grados, una señal inequívoca de que el fenómeno del calor extremo está alcanzando niveles inéditos en la zona. Estas condiciones no solo afectan la vida cotidiana de las personas, sino que incrementan de manera significativa el riesgo de incendios forestales, transformando al entorno en un polvorín.

El calor intenso, sumado a la baja humedad y a la presencia de vientos, genera el escenario perfecto para la rápida propagación del fuego. Ya se ha vuelto casi habitual que, semana a semana, el secano costero registre uno o dos siniestros de magnitud, obligando a desplegar recursos de emergencia y manteniendo en vilo a las comunidades cercanas a zonas forestales y rurales. Lo que antes parecía excepcional, hoy se repite con preocupante frecuencia.

En este contexto, las alertas rojas por incendios forestales se han transformado en parte del paisaje informativo diario. La situación se ve agravada por un invierno particularmente generoso en precipitaciones, que favoreció el crecimiento abundante de vegetación y pastizales. Hoy, ese mismo pasto, completamente seco por las altas temperaturas, actúa como combustible ideal para el fuego. Esta combinación de factores ha elevado tanto la intensidad como la frecuencia de los incendios, dejando en evidencia que el cambio climático ya

no es una proyección futura, sino una realidad que golpea con fuerza a la región.

A lo anterior se suma un factor que no puede seguir siendo ignorado: la acción humana. Numerosos incendios tienen su origen en labores agrícolas, trabajos de mantención o actividades cotidianas realizadas sin las debidas precauciones. Basta una chispa para desencadenar una emergencia de gran escala, lo que deja al descubierto la falta de conciencia y responsabilidad de algunos, cuyas acciones pueden tener consecuencias devastadoras para el medioambiente y para las comunidades rurales.

La combinación de un clima cada vez más extremo y conductas imprudentes sitúa a nuestras comunas en un escenario de creciente vulnerabilidad. El panorama no es alentador, especialmente cuando los pronósticos anticipan que las altas temperaturas continuarán en los próximos días, aumentando el riesgo de nuevas emergencias. Si bien las autoridades han reforzado sus esfuerzos de prevención y control, resulta evidente que esta tarea no puede recaer únicamente en ellas. Se vuelve imprescindible avanzar en políticas públicas orientadas a la prevención, con campañas de concientización efectivas y una regulación más estricta de las actividades en zonas de alto riesgo. La educación ambiental debe ocupar un lugar central, para evitar que tragedias como la ocurrida en Litueche vuelvan a repetirse y para que la ciudadanía comprenda que, en un escenario climático cada vez más hostil, cada acción cuenta. Aunque todos esperamos no tener que informar sobre nuevas tragedias, lo cierto es que el calor extremo que marca este verano se ha convertido en un enemigo formidable. Enfrentarlo exige un esfuerzo colectivo. La lucha contra los incendios forestales no es solo tarea de brigadistas y autoridades, sino una responsabilidad compartida, donde el compromiso de cada ciudadano puede marcar la diferencia entre la prevención y la catástrofe.